



"El Mercantil Valenciano", 28 agosto 1923

Cobardía cívica

Mas, ¿cuánto tiempo va a durarnos esta fatídica pesadilla? ¿Hasta cuándo la torzuda terquedad de la empresa del Rif va a tener en suspenso el progreso de la vida política interior de España? Pero aunque no, porque la revolución española, la revolución en marcha, es del otro lado del estrecho donde se está debatiendo y resolviendo. Y de aquí la resistencia del Reino a reconocer la derrota y obrar en consecuencia.

Hemos leído que el general Weyler, uno de los mayores responsables del desastre de 1898, ha dicho que venía verdaderamente indignado de cuanto está ocurriendo en Marruecos; que todos los servicios están allí desorganizados; que cuando salen los convoyes ni saben adónde van ni cuáles han de ser las fuerzas encargadas de protegerlos. Y hemos oído que a los aviadores se les manda hacer, y con gran peligro, fatiga y desgaste ocioso de los aparatos, reconocimientos que no van enderezados a propósito de acción alguna subsiguiente. Mero deporte bélico, en fin.

Mas lo que no se dice cuanto debería decirse es que esa desorganización, ese desbarajuste, y la evidente parte de cobardía que en derredor de ello se observa, depende de que el ejército no se siente asistido del apoyo de la voluntad nacional. O mejor, que los directores técnicos de la campaña, sean cuales fueren su competencia y su dedicación, saben que la empresa repugna a la nación; saben que hay un conflicto entre la nación y el reino; saben que a España se le metió en ese lío sin su previo conocimiento y sin su consentimiento; saben que se trata de liquidar la triste herencia del ensueño del Vicerreino Ibérico, y saben todo lo que ha de arrostrar consigo esa liquidación.

Acaso si no hubiera ocurrido la por los más fieles dinásticos llamada fatalidad de julio de 1921, la santiagada, y si el desdichado suicida general F. Silvestre llega a pisar Alhucemas y someter pasajeramente a los beniurriagueles, el resultado habría venido a ser el mismo. Sólo que habríamos tenido una ventaja, y es que co-

mo con aquel aparente triunfo se habría establecido desde luego, con golpe de Estado, el régimen absolutista a que con aquella y otras intenciones se tendía, la situación estaría más clara y desembarazada. Porque el tal régimen no habría podido prevalecer dada la ineptitud para ejercerlo por parte de los que lo propiciaban.

Fracasó aquella intentona contra la independencia política de la nación, y desde entonces toda la política — la guerra no es sino política — se resuelve en torno del inevitable derrumbe del reino y del prestigio — prestigio quiere decir engano — de la concepción militarista de nuestra historia.

La concepción militarista de la historia es la que sacrifica la finalidad a la mediación, la que pone el valor instrumental por encima de los valores finales y sustantivos, la que estima que tienen que quedar bien — lo que ellos llaman quedar bien — las armas, aunque queden rematadamente mal la hacienda y la justicia.

Que hay un buen número de oficiales y jefes de nuestro ejército que no rehuyen el peligro es cosa que bien demostrada está quedando; pero el buscar un peligro o acaso provocarlo para probar que no se le teme y que se posee valor, es otra forma de cobardía; es cobardía cívica.

Es cobardía cívica por parte de los directores de la campaña el no declarar que visto el ánimo de las tropas nacionales — el tercio y la policía indígena no son nacionales — del pueblo en armas, ellos no deben llevarlas a un suicidio; es cobardía cívica por parte de los directores de la campaña el no declarar que no están dispuestos a obedecer más que a la voluntad nacional. Y si no ven cuál es ésta son ciegos, que para el caso es tan pernicioso como ser cívicamente cobardes. Y si viéndola se obstinan en obrar contra ella, son algo peor que ciegos y que cobardes.

A cobardía se debió la derrota de julio de 1921; pero no sólo ni principalmente a cobardía fisiológica, a miedo animal, sino a cobardía cívica. Y esta cobardía es el delito — la cobardía lo es — cuya figura se está buscando. El desastre se debe a la cobardía cívica frente a la revolución

Miguel de UNAMUNO.

